

AQUELLA NOCHE DE LAS TOSES



JOSÉ ALCIDES RODRÍGUEZ

45

El capitán de navío **José Alcides Rodríguez** egresó de la Escuela Naval Militar como guardiamarina en 1948 (promoción 74).

Es ingeniero en Telecomunicaciones por la Universidad de Buenos Aires, Master of Science (Electric Engineering), Stanford University USA.

Fue ingeniero en la Armada Argentina, subdirector de CITEFA (Centro de Investigación Tecnológica Fuerzas Armadas), presidente del INTI (Instituto Nacional de Tecnología Industrial), vicerrector del ITBA (Instituto Tecnológico de Buenos Aires), profesor de la Facultad de Ingeniería (UBA) y del ITBA.

Autor de numerosos trabajos y artículos sobre temas de ingeniería y educación universitaria.

Actualmente es miembro del Consejo Académico del ITBA.

BOLETÍN DEL CENTRO AVAL

Número 801 Volumen 119
Enero, febrero y marzo de 2001
Recibido: 10 de agosto de 2000



46

dicen que la memoria es un filtro que sólo retiene los hechos que en alguna forma nos han emocionado. La mía tiene una malla muy grande por lo que normalmente queda poco en ella. Sin embargo el destino ha sido muy generoso conmigo y a lo largo de las varias décadas de mi vida profesional he sido testigo presencial (o actor de reparto) de acontecimientos que me han conmovido lo suficiente como para que su recuerdo fuera indeleble.

Se me ocurre interesante transcribir estos recuerdos, sin mayor apoyo bibliográfico o consultas, para no contaminarlos, (aún a riesgo de ciertas lagunas) y exponer las enseñanzas que cada uno de ellos me proporcionó.

Como se trata de sucesos relativamente recientes,debo referirme a personas que aún viven o cuya memoria está fresca entre sus allegados. No tengo ningún propósito de crítica y sí de ser lo más objetivo posible y en todo caso analizar cómo los procederes de gente capaz y bien intencionada puede a veces conducir a resultados enteramente opuestos a los buscados.

El escenario de los hechos

A principios de 1943, a los dieciséis años, ingresé a la Escuela Naval como cadete del cuerpo general, integrando la promoción 74, "Constantia vincit". Conocía la Marina desde mi nacimiento, porque mi padre era oficial del cuerpo de ingenieros. Hijo de inmigrantes había ingresado, como aprendiz, a la Escuela de Mecánica de la Armada y luego como cadete de la Escuela Naval, junto con los primeros de su promoción. Este grupo y otros compañeros del cuerpo general fueron sus amigos de siempre y a través de quienes conocí lo que significaba ser parte de la Armada.

La calidad que percibía en ellos y su orgullo de pertenecer a la institución fue lo que desde que tuve uso de razón fijó mi objetivo de ser oficial de marina.. (Pero de comando,porque eran los que mandaban).

Como era sano y buen estudiante no tuve inconvenientes en ingresar, aun cuando el examen era altamente selectivo. La vida en la Escuela me resultó agrídulce. En el fondo las cosas eran como yo había intuido, pero a poco fui descubriendo que, si como estudiante no tenía problemas, mis condiciones militares, en el sentido formal del término, dejaban mucho que desear.

Sin embargo me integré prontamente al ambiente naval y a la metodología tradicional de la formación de un oficial de marina.

La Escuela Naval reproducía, en escala reducida a cuatro años, la experiencia de toda una vida profesional. El objetivo era sentir en carne propia lo que vivían cotidianamente los integrantes de cada uno de los escalones jerárquicos de la institución, empezando por el más bajo.

Así en primer año fregábamos descalzos la cubierta de la fragata *Sarmiento*, paleábamos carbón durante horas enteras o servíamos las comidas. En segundo hacíamos guardia de timoneles, en tercero de jefes de señales y en cuarto nos asomábamos a la responsabilidad del mando y el arte de navegar..

En primer año y sobre todo durante los períodos de embarco, (salíamos a navegar fin de semana por medio) se aplicaba la doctrina de la "formación del carácter", que consistía en hacernos vivir las condiciones más duras que eventualmente podía depararnos la vida naval. Luego de un embarco de fin de año en la *Sarmiento*, durante el cual nos racionaron el agua hasta límites infrahumanos, la vieja fragata pasó a llamarse la *Amindra*, nombre de un buque pirata protagonista de una película (proyectada en el cine de la Escuela), donde la tripulación sufría toda clase de desgracias.

Durante la semana el contacto con el mundo exterior era prácticamente inexistente y todas nuestras actividades y pensamientos se focalizaban en los acontecimientos de la vida diaria en la escuela y sus protagonistas, cadetes, profesores y oficiales.

Así fui recorriendo las diversas etapas de formación hasta llegar a tercer año, (1945). El país vivía una intensa convulsión sociopolítica, con la irrupción de un líder carismático, amado y odiado fervorosamente: Juan Domingo Perón.

A la edad que teníamos para entonces uno se identifica rápidamente con las ideas que impregnan su ambiente y en esa época una mayoría de los oficiales de la Armada era antiperonista.

Lo mismo ocurría con los estudiantes universitarios y la clase media de la cual proveníamos la mayoría de nosotros, cuyos jóvenes optaban, según su vocación, entre la universidad o las carreras militares, altamente prestigiadas en esa época.

El cariño y el respeto por las instituciones militares era parte de la mística de una Argentina que era el granero del mundo y el país más avanzado de América Latina, superando incluso a países del viejo continente y compitiendo mano a mano con Canadá y Australia.

El orgullo y la alegría de ser argentino se afianzaba en las excelentes escuelas del estado, de las cuales prácticamente todos nosotros proveníamos.

El Director de la Escuela Naval era el almirante Leonardo McLean, cuya figura paseando por la plaza de armas, (inmensa y desolada por esas épocas), encarnaba la imagen del jefe respetado y admirado. A su mando nos despertaron la madrugada del 18 de octubre de 1945 y nos embarcamos en los viejos rastreadores para oponernos al nombramiento de Perón.

Por fortuna la iniciativa abortó (seguramente hubiera terminado en un desastre) pero fue uno de los episodios que más afirmó nuestro espíritu de cuerpo y la adhesión a nuestros superiores y a los ideales de la Marina. Probablemente fue un error de conducción, pero fue toda una definición de principios..

Perón asumió el gobierno del país y las nuevas ideas llegaron a la conducción de la Armada, incluyendo por supuesto a la Escuela Naval. Director y subdirector fueron relevados, asumiendo la subdirección, a cargo de la dirección, el por entonces capitán de fragata Guillermo D. Plater, un oficial técnicamente prestigioso pero que no aisló a la Escuela Naval de las ideologías políticas, cayendo en el mismo error del almirante McLean, pero con distinto signo.

En 1946 yo estaba en cuarto año, era segundo de promoción y en consecuencia Brigadier Principal, a cargo del primer batallón, compuesto por la primera y tercera compañía. Cada una de las cuatro promociones (74, 75, 76 y 77) se dividía por partes iguales en cada una de las cuatro compañías.

Parte fundamental de la metodología formativa se basaba en otorgar a los cadetes de cuarto año, el último en la escuela, una cuota de mando (y de responsabilidad), sobre la vida diaria del resto del cuerpo de cadetes. Era una lógica culminación del ciclo de aprendizaje, encaminado a prepararnos para cumplir el entonces vigente "Credo del oficial de marina", que en un sobrio marco, desde una pared del aula, diariamente nos recordaba que nos estábamos formando para "Conducir hombres, tripular buques y emplear sus armas para la defensa de la Patria en el mar".

48

La autoridad de cuarto año (brigadieres y "cabines", es decir cadetes de cuarto año con y sin jinetas), sobre el resto del cuerpo de cadetes, era muy amplia y en especial sobre los "bípedos", cadetes del primer año.

Era un hecho excepcional que un oficial se hiciera presente en los dormitorios durante la noche o durante nuestras actividades cotidianas. Toda la sistematizada rutina diaria se realizaba bajo el control de los brigadieres y realmente funcionaba muy bien desde los mismos orígenes de la institución. (Por lo menos según dichos de mi padre).

Los bisoños eran por supuesto sometidos a un "tratamiento" especial de introducción a la vida naval y permitía (sobre todo a los cabines), hacer aflorar su ingenio, su verdadera forma de ser y a veces, por supuesto, también su inmadurez ante tanta responsabilidad. Sin embargo los hechos realmente negativos de cierta gravedad eran muy raros, aunque por supuesto existieron. Nuestra promoción tuvo alguna experiencia que el correr de los años demostró injusta y cruel, pero el balance del sistema, (incluida la "formación del carácter") era sin duda altamente positivo.

La metodología adoptada por la nueva dirección fue rápida y agresiva. Se reorganizaron los batallones, asignándose cada promoción a uno de ellos. Toda la rutina diaria se trastocó, ya que ello implicó una drástica reducción de las funciones de mando de cuarto año, reemplazadas por una mucho mayor presencia de los oficiales, que quedaron directamente a cargo del cuerpo de cadetes, casi sin la intervención de cuarto año, que se convirtió en un año más que corría, hecho inimaginable hasta unas semanas antes..

En mi caso particular me sentí de golpe convertido en desocupado, sin una tarea definida que cumplir. Era evidente que se atribuía a cuarto año cierta maléfica influencia que era necesario eliminar.

Estas ideas fueron desarrolladas en una conferencia dada al cuerpo, donde severamente nos recordaban cuales eran nuestros deberes como futuros oficiales de marina. Nos enteramos de ciertos matices que definían objetivos, aun cuando no en forma muy clara. Recuerdo sí que aquello de morir en defensa de la patria en caso necesario, era reemplazado por la idea de que estábamos allí para aprender a matar por la patria. Probablemente un concepto mal expresado, ante un grupo de jóvenes altamente sensibilizados, que tuvo una enorme repercusión, dentro y fuera de la Escuela.

Hechos como los relatados se fueron repitiendo día tras día, algunos reales, como la reincorporación de un profesor que había sido separado de la Escuela el año anterior por exponer sus ideas políticas y otros quizá imaginados o magnificados en nuestra desazón.

Surgió entonces con fuerza una inconsciente resistencia pasiva al cambio y una fidelidad cada vez más fuerte con los ideales que nos habían llevado a ingresar a la Armada y que hasta ese momento habíamos compartido con nuestros superiores en la institución.

En los fines de semana tomábamos conciencia de lo que

estaba sucediendo en nuestro país y del abierto apoyo que gran parte de la sociedad (sobre todo la juventud universitaria) nos daba.

Sentimos entonces que algo muy grave estaba empezando a ocurrir. El país de nuestro orgullo y de nuestros sueños, en un brusco traqueteo había entrado en un tenebroso desvío. Por supuesto no teníamos idea de que estábamos viendo el comienzo de medio siglo de lento y constante alejamiento del mundo desarrollado, del mundo del progreso, la educación, la justicia y la libertad, para entrar en el camino de la demagogia, la pérdida del sentido de la calidad y sobre todo de la libertad y la educación, en el sentido más amplio de la palabra. Y esto es una de las peores cosas que le puede ocurrir a una sociedad porque no se puede recomponer, como la economía, en pocos años, sino que necesita para ello el transcurrir de generaciones.

Ese era el ambiente que se vivía en la Escuela Naval en 1946. En nuestro juvenil razonamiento sabíamos que no podíamos hacer nada más allá de valorar (y añorar) cada vez más las figuras como la del almirante Mc Lean.

El nuevo director a cargo de la Escuela proseguía tenazmente con su tarea de cambiar todo lo anterior, todo lo que por nosotros era valorado como una tradición de muchos años y que es en realidad la esencia que hace la grandeza de los pueblos a través de los siglos.

La noche de las toses

Y en ese escenario, el 1 de agosto de 1946, cuando nos aprestábamos a disfrutar una entretenida película, luego de cenar, en el cine de la Escuela, apareció inesperadamente un noticioso de actualidad, el tradicional "Sucesos Argentinos", la mayor parte del cual estaba dedicado a ensalzar los actos del Presidente y donde también aparecía en repetidas oportunidades su esposa Eva Perón, "primera dama

del país". Probablemente en forma justificada en un comienzo, dada la temporada invernal, se escucharon algunas toses que como una chispa que cae en la maleza seca fueron aumentando en número, primero lentamente y luego como una incontenible marea hasta cubrir toda la sala. Tanto fue el escándalo que el oficial más antiguo presente en el cine, el capitán de fragata Alfonso R. Malagamba, a cargo de la subdirección, un jefe de conducta impecable, ordenó desalojar la sala y formar en el patio cubierto.

Una vez formados ordenó presentarse a aquellos que habían tosido. Se presentaron unos pocos que fueron enviados a revisión médica para verificar su real estado de salud.

Como era evidente que lo ocurrido no podía atribuirse a los pocos que se habían presentado, el subdirector, probablemente ante una situación inédita para él en toda su carrera naval, se indignó y nos repudió y calificó de cobardes, concepto descalificatorio en el ámbito militar. Para entonces la situación se había tornado incontrolable y, desgraciadamente, irreversible.

Comunicada la novedad al director, que no estaba en la Escuela, éste ordenó retener incomunicados a los cadetes involucrados (prácticamente todo el cuerpo) y convocar de inmediato a un consejo de disciplina.

El Consejo de Disciplina era el órgano que juzgaba las faltas gravísimas y en general todo lo que implicaba la baja de la Escuela.

Luego de un largo "plantón" en el patio cubierto fuimos enviados a distintos sitios de la Escuela, sin saber qué era lo que iba a ocurrir.

Personalmente recuerdo una larga noche de aislamiento, en un pasillo del edificio de oficiales, de pie junto a una pared. A la madrugada del día 2 de agosto fui llamado a declarar.

El Consejo de Disciplina, fue presidido por el subdirector y compuesto por seis jefes de la plana mayor, como vocales y un oficial como secretario. Funcionaba (funciona) en un salón del edificio de oficiales.

La imagen que me ha quedado grabada desde esa madrugada fue la de un aposento de imponente aspecto, con severo mobiliario y tapizados o cortinados rojos que impregnaban de ese color todo el ambiente.

Sentados en un estrado, los consejeros, de uniforme de paseo y gorra puesta, creaban un ambiente capaz de intimidar al más pintado.

50

Durante las largas horas del plantón había analizado todas las posibilidades imaginables sobre lo que estaba pasando y sobre lo que iba a pasar. La conclusión era clara. Las cosas eran muy serias y no tenía ningún sentido buscar excusas. La decisión fue la de decir, con la máxima claridad, lo que a mi entender había sucedido.

Aparentemente, a juicio de la dirección de la escuela, estábamos ante una situación inducida y planificada desde el exterior, con la participación de cadetes, fundamentalmente de cuarto año, como enlaces y cabecillas del hecho investigado.

En consecuencia las preguntas se centraron en esos dos puntos: **Quiénes eran los instigadores externos y quiénes los cabecillas en la Escuela.**

Ante mi respuesta de que no tenía conocimiento de ninguna conexión externa y de que lo que había pasado no respondía a ningún plan preexistente, insistieron en su versión sobre los hechos y que si yo no sabía nada era porque mis compañeros no me tenían confianza. Me sentí dolido y enfáticamente reafirmé mi declaración anterior. La pregunta siguiente me abrió las puertas a una respuesta más positiva. **¿Quiénes eran entonces los responsables de lo sucedi-**

do? La respuesta fue corta y terminante: la **Dirección de la Escuela Naval**. Luego de un corto silencio me ordenaron retirarme. Creo que el abrupto fin de la declaración fue para protegerme, pues de continuar era altamente probable que esos fueran los últimos minutos de mi vida como miembro de la Armada.

Lo que yo creía y sentía en ese momento no tenía mayor importancia en el desarrollo de los acontecimientos, pero, con el correr del tiempo fue para mí una prueba de que lo que estaba ocurriendo en la Escuela era evidente, aun para alguien que no había cumplido veinte años.

En los días siguientes nos enteramos de las sanciones aplicadas. En el primero de los dos tomos del **"Libro de bitácora de la promoción 74"**, que relata con fidelidad y profundidad, aun cuando en forma sumamente amena, (al menos para nosotros), nuestro paso por la Escuela Naval, todos estos acontecimientos están descriptos detalladamente y con mucha información adicional, por lo que no se justifica una repetición. Lo esencial es que toda la promoción fue severamente sancionada, algo así como un castigo ejemplar para encaminar al resto del cuerpo de cadetes por la buena senda.

En un principio los cuatro primeros de promoción, del cuerpo general, por una resolución del Director, fuimos destituidos de nuestros cargos de brigadieres por **no haber cooperado con la superioridad, al no haber informado de ciertas reacciones de los cadetes.** (Día 2 de agosto de 1946).

Al día siguiente nos enteramos de que las cosas no habían terminado aún, ya que por resolución del Ministro de Marina, la Dirección nos comunicó la baja de tres integrantes de la promoción y el confinamiento de otros cuatro por su comportamiento ante el Consejo de Disciplina, a la vez que todo el resto de la promoción era castigado con treinta días de arresto por **"promover desorden en presencia de superiores y no presentarse los autores"**.

Surgió claramente que todos los cadetes interrogados y en especial los de cuarto año habíamos tenido una posición coincidente: negar toda conspiración y confirmar la existencia de un clima general de disconformidad con la actuación de la dirección. De acuerdo con la reacción de cada uno, su mayor vehemencia o indignación, fueron aplicadas las sanciones, incluyendo la baja para un grupo de ellos, potencialmente excelentes oficiales y sin duda de conducta intachable. Hasta donde yo sé todos ellos tuvieron luego exitosas carreras profesionales o empresariales.

A partir de allí podríamos decir que la situación se convirtió en una verdadera catástrofe, Se nombraron como brigadieres en comisión a los cadetes más antiguos de tercer año, así como nuevo abanderado.

Como era de esperar la situación no se normalizó, sino que se complicó aún más, ya que los cadetes de tercer año (promoción 75), de excelente relación con la nuestra, asumieron nuestra posición y nuevos y "gravísimos episodios de indisciplina" ocurrieron, con lo que muchos de ellos y también de la promoción 76 fueron dados de baja, destituidos, confinados o arrestados, demostrando que los ideales que nos animaban no eran patrimonio de una promoción, sino de todo el cuerpo de cadetes.

Así se dio por ejemplo el insólito hecho de integrantes de la promoción 75, que recién nombrados brigadieres fueron a su vez destituidos y aun dados de baja.

En los días siguientes, en lo que se refiere a la promoción 74 se pusieron en ejecución las penas sancionadas.

Cinco de nosotros fuimos los primeros en abandonar la Escuela Naval, rumbo al pontón *Recalada*, fondeado en la boca del Río de la Plata, a la altura de Montevideo, para cumplir nuestras penas de confinamiento.

A los pocos días el resto de la promoción, separados en tres

contingentes abandonó la Escuela. Fueron embarcados en el Guardacostas *Pueyrredón* los pertenecientes al Cuerpo General, al RAA N°1 de Puerto Belgrano los Infantes de Marina y a unidades de la Flota de Mar los ingenieros.

Expulsada la promoción 74 de la Escuela Naval ya no regresaría a ella. Su futuro era precario. Poco a poco se hizo evidente que sus integrantes no eran personas deseables para la nueva conducción y su baja en masa no conmovería a nadie cuando los ánimos se hubieran aquietado, luego de los sucesos iniciados la noche de las toses.

El confinamiento en el "Pontón Recalada"

Fuimos cinco los integrantes de esa primera tanda de confinados, todos de la promoción 74.

Jorge Ves Losada y Juan Manuel Jiménez Baliani por tres y dos meses respectivamente, por su actitud de rebeldía ante el consejo de disciplina.

Arturo Oucinde, primero de promoción y brigadier mayor, por dos meses y Natalio Morini y el que escribe, brigadieres principales, por un mes, por no colaborar con la superioridad.

Zarpamos del muelle de la Escuela a bordo de un remolcador de la Armada que nos llevaría al pontón, en la boca del Río de la Plata.

En uniforme y equipo de embarco, con coy, bolsa y sextante, nos encaminamos a un destino incierto, pero seguramente no agradable. No teníamos ni idea de lo que nos depararía el destino. Lo que sí sabíamos era que no convendría apostar ni cinco centavos a nuestro futuro en la Armada.

Habíamos superado las etapas del temor y la desesperanza. Totalmente tranquilos y resignados estábamos dispues-

tos a aceptar nuestro destino. Ya templados por varios años de disciplina naval, suponíamos que sufriríamos una regresión y volveríamos a las épocas de los embarcos de los primeros años de cadetes, con todo lo que ello significaba. Descontábamos que la dirección de la Escuela no habría sido muy complaciente en las instrucciones sobre el trato a darnos.

Al alejarnos vimos claramente las ventanas de la Escuela que dan al Río Santiago repletas de figuras blancas que nos daban su silenciosa despedida.

Ya era noche plena cuando divisamos las luces de buque fondeado del pontón *Recalada*. A todo esto se había levantado un viento bastante fuerte y la marejada corta pero intensa del río zarandeaba al remolcador. Por unos momentos pareció que iba a ser imposible el abordaje pero la habilidad del patrón y nuestra experiencia marinera nos permitió atrapar una precaria escala de gato que nos habían lanzado desde cubierta. Uno a uno, con nuestros bártulos a cuesta fuimos trepando a bordo del pontón.

Unas luces melancólicas iluminaban la escena. Vimos así a un oficial de la Prefectura Naval, ataviado con su uniforme número uno al frente de un grupo de tripulantes, difíciles de catalogar. En marcial posición el oficial se identificó como el jefe a cargo de la unidad.

A continuación algo inesperado ocurrió. El oficial, dirigiéndose a algunos de los tripulantes, seguramente camareros, les ordenó que se hicieran cargo de nuestro **equipaje** y nos acompañaran a nuestros respectivos **camarotes**.

A Ves Losada le asignaron un camarote individual, en tanto que Oucinde y Jiménez y Morini y yo compartíamos otros dos.

Por supuesto la situación era totalmente inesperada, ya que nuestra experiencia nos hacía suponer que cada uno

de nosotros cargaría con sus bultos hasta un ambiente común (sollado), donde pudiéramos guardar nuestras pertenencias en una taquilla y colgar nuestros coys.

Por supuesto lo aceptamos sin dar muestra de asombro y así llegamos a un camarote de dos camas, sencillo pero confortable y aseado.

Terminados de instalar y luego que nos indicaran donde estaban los baños, uno de ellos nos preguntó: **¿A qué hora los despertamos mañana?** Tras una silenciosa consulta contestamos: **a las ocho**.

La siguiente pregunta fue más inesperada aún: **¿Qué desean para desayunar?** Yo reaccioné primero y entrando con todo en el juego respondí: **Vascolet** (leche chocolatada) **con galletitas**, uno de los pocos lujos que nos ofrecía la pequeña cantina de la Escuela. La respuesta fue bien absorbida y sin más se retiraron. Sin pensarlo más a los cinco minutos estábamos durmiendo plácidamente. Seguramente el nuevo día nos traería muchas novedades.

A las ocho de la mañana unos discretos golpecitos en la puerta nos despertaron.. Nos vestimos y salimos a encontrarnos con el resto del grupo. Entonces se empezaron a develar los misterios y tomamos conocimiento de lo que estaba pasando.

El pontón, un viejo mercante fuera de servicio, sin propulsión y convenientemente preparado, oficiaba de hotel flotante para los prácticos del Río de la Plata, que allí embarcaban (o desembarcaban) de los mercantes que habían pilotado a lo largo del canal Punta Indio, hasta (o desde) la entrada al puerto de Buenos Aires.

En el pontón esperaban la llegada del buque que les tocaba conducir hasta Buenos Aires. El control del sistema (no existían las computadoras) consistía en un pizarrón donde se anotaba con tiza el orden de llegada al pontón,

que se respetaba escrupulosamente para la asignación de los buques.

A los buques veloces los llamaban "con patas" y era divertido ver cómo los dos primeros de la lista palpitaban si un buque rápido iba a llegar primero que un viejo patacho que desde hacía rato estaba luchando por acercarse. La diferencia era importante, porque además de las mejores comodidades e instrumental significaba varias horas menos de navegación.

Los prácticos eran todos ex-capitanes de ultramar, capaces y experimentados y percibían remuneraciones muy altas para la época.

La Prefectura Naval administraba el sistema pero los prácticos pagaban voluntariamente una no despreciable suma en concepto de "gamela", lo que permitía mejorar sustancialmente el servicio y la comida, que era de primer nivel. (En la proa había un corralito donde pequeños animales vivos esperaban su turno para ser convenientemente procesados por el excelente cocinero).

Cuando la dirección de la Escuela Naval tuvo que asignar nuestro lugar de confinamiento, como no había ninguna experiencia al respecto, probablemente pensó que el pontón era un buen lugar, sobre todo porque era difícil encontrar algún lugar más aislado y fácil de controlar. De modo que sin pensarlo más y supongo que sin dar mayores directivas, como la Prefectura dependía de la Armada, nos mandaron allí.

Sin embargo la cosa se complicó porque los prácticos (y creo que también la Prefectura Naval), se sintieron ofendidos por el hecho de que su lugar de trabajo fuera usado como cárcel. Pero lo más importante era que la gran mayoría de los prácticos (al menos todos los que yo conocí) compartían nuestra ideología. Lo bueno para nosotros fue que en lugar de protestar expresaron su disgusto tratándonos como huéspedes de lujo.

Así lo hicieron desde el primer momento, con el total consentimiento del oficial a cargo, que por supuesto respetaba mucho a los prácticos.

De allí el atípico tratamiento que recibimos y que se mantuvo durante toda nuestra estadía. Así que nuestro confinamiento se transformó en un período de vacaciones, donde, por supuesto restringidos al ámbito del pontón, hacíamos lo que queríamos. Los prácticos nos trataban como iguales y recibíamos el mismo trato que ellos, comiendo en su comedor y compartiendo sus veladas.

No teníamos mucho material de estudio ni ningún programa que cumplir lo que confirmaba nuestras pesimistas predicciones sobre el futuro. La única práctica náutica que recuerdo era salir de patrones de la lancha que transbordaba a los prácticos a y desde los mercantes, lo que hacíamos con gusto.

Los prácticos se convirtieron en un correo frecuente y seguro para intercambiar cartas con nuestras familias (por supuesto no había servicio telefónico y la comunicación oficial del pontón se realizaba a través de despachos radioeléctricos en código morse), con las que no nos habíamos comunicado desde la noche de las toses. Por supuesto a los pocos días empezaron a llegar no sólo cartas sino toda clase de golosinas y exquisiteces que superaban largamente nuestras capacidades de asimilación (yo cumplí a bordo los veinte años), por lo que fueron inundando todos los lugares libres de nuestros camarotes.

Por las noches los prácticos se reunían en largas veladas (que duraban hasta la madrugada) donde las actividades más comunes eran jugar al póquer y contar viejas anécdotas de sus experiencias marineras.

Por supuesto nosotros éramos sólo espectadores (a veces las apuestas eran muy altas), pero en ese ambiente cargado del humo de las pipas y habanos nos sentíamos transportados a las páginas de las novelas de nuestra niñez.

En la Escuela las cosas seguían igual o peor y a los pocos días de llegar recibimos la dura noticia de la baja de Oucinde, a la que siguió después la de Vez Losada, así como nos enteramos de la expulsión de la Escuela de toda nuestra promoción.

Así pasaron los días y se aproximó el fin de la pena para Morini y para mí. Nos comunicaron que un remolcador nos llevaría a la Escuela, llegando a ella un domingo, para tomar ese mismo día el tren a Puerto Belgrano, donde embarcaríamos en el *Pueyrredón*.

54

Pero de nuevo el azar les jugó una mala pasada a los cuidadosos planificadores de nuestros destinos. Un par de días antes de la fecha prevista para la zarpada del remolcador, en medio de un fuerte temporal, en la boca del Río de la Plata, un mercante había perdido un hombre y el remolcador fue enviado en su apoyo. Concluida su tarea no tenía sentido volver a Buenos Aires antes de recogerlos, por lo que lo hizo un día antes de lo previsto. Consecuencia: llegamos a la escuela el sábado 7 de setiembre de 1946, a la mañana, ante el desconcierto del jefe que estaba en ese momento a cargo de la Escuela y a quien nos presentamos, el capitán de corbeta Antonio S. Otero, que nos esperaba el domingo 8, día en que nos llevarían directamente a la estación Constitución para tomar el tren que a 2005 salía con destino a Bahía Blanca. Después me enteré de que dos días antes mi padre había recibido una carta en la que le decían que podía estar presente en el momento de la partida del tren, para verme por unos minutos.

A tanto llegaba nuestro prestigio de insurgentes que consideraban un peligro para el resto del cuerpo que permaneciéramos por unas horas en la Escuela, por lo que el capitán Otero, debiendo tomar una difícil decisión, sin pensarlo mucho nos ordenó, ante nuestro asombro y júbilo, que nos fuéramos a casa hasta la salida del tren. Sin poder creerlo saludamos, dimos la media vuelta de rigor y

cuando nos encaminábamos a la salida, al vernos de espaldas, se percató de nuestras cabelleras, dignas de un par de hippies. (Por supuesto nos habíamos afeitado la barba o bigotes que habíamos cultivado durante los treinta días), por lo que nos ordenó que antes de salir nos cortáramos el cabello.

Rápidamente nos dirigimos a la peluquería de cadetes, pero como era fin de semana no había peluquero disponible. Ahora la decisión nos correspondía a nosotros. Recuerdo claramente que no dudé un segundo. Renunciar a la posibilidad de ver a mis seres queridos, que por un momento estuvo a nuestro alcance, me resultaba inconcebible. Por otro lado estaba latente en mi el convencimiento de que no tenía mucho que perder, así que volviéndome a Morini le dije: Yo me voy lo mismo. Natalio no dudó un segundo en tomar la misma decisión, por lo que ahora sólo nos restaba ponerla en práctica.

Presentarnos al Oficial de Guardia, como correspondía, estaba fuera de discusión por el problema del pelo, por lo que no podríamos salir por el embarcadero habitual. Las alternativas que nos quedaban eran sombrías: nos escapábamos por los bañados del fondo de la Escuela, aventura que no sabíamos como podía terminar o intentábamos salir por el lado de la Escuela vieja, que estaba desocupada. Elegimos la segunda alternativa, pero al llegar al canal "w", (Oeste), que separaba ambos establecimientos vimos una lancha que estaba por zarpar, seguramente en busca de víveres. Nos aproximamos y a pesar de nuestro exótico aspecto (ropa de diario, bolsa y sextante), el patrón no puso reparo en llevarnos a la estación de Río Santiago, desde donde nos fuimos a nuestras casas. La alegría de mis padres y de mi futura esposa compensaron todos nuestros temores.

Bien bañados, pelo corto, con unos cuantos kilos de más y el buen color de la vida al aire libre, realmente no teníamos mucho aspecto de ex convictos.

De vuelta en la Armada

A 2005 del día siguiente tomamos el tren a Bahía Blanca y nos presentamos en el *Pueyrredón*, donde con gran alegría nos reunimos con el resto de la promoción.

Las cosas volvieron a su cauce y de nuevo nos sentimos cobijados por **nuestra** Armada.

Por supuesto la estadía en la costa patagónica no fue un viaje de placer, pero a la edad que teníamos, todos juntos y con una oficialidad comprensiva y justa no podíamos pretender más. Mi único problema personal fue que no pude comer asado de cordero por muchos años.

Con respecto a nuestra original salida de la Escuela, a los pocos días tuvimos novedades, en la forma de un parte de castigo de treinta días de arresto por **“Abandonar subrepticamente la Escuela, sin dar cumplimiento a la orden expresa del Jefe de Guardia de cortarse el cabello antes de salir”**.

A partir de fines de ese año, realmente infausto para nuestra promoción, que perdió a un gran número de sus integrantes, nuestra vida naval marchó por los carriles normales y en 1948 realizamos un inolvidable viaje de instrucción a bordo del crucero *La Argentina*, también recreado en el tomo 2 del libro de bitácora mencionado anteriormente.

La promoción no regresó a la Escuela Naval, pero en otra broma del destino yo sí retorné para recibir un premio, un espléndido sextante otorgado por una institución al mejor promedio en la materia “Navegación”. Un sextante que vio muy poco el mar, pues al comenzar mi segundo año de guardiamarina, la Armada, a mi solicitud, me envió a estudiar ingeniería en telecomunicaciones.

Quizás el relato que aquí concluye parezca intimista, sin embargo al analizar en conjunto toda mi trayectoria naval y profesional y aún más, al extender la mirada sobre la historia de nuestro país en estos últimos cincuenta años, estos hechos, además de tener ciertas consecuencias, fueron premonitorios de infortunios mucho mayores.

Como mencioné anteriormente mi vida militar me deparó ser testigo de acontecimientos importantes .

Una de esas peripecias militares, como podríamos llamarlas, fue la revolución del 55, que viví en el crucero *17 de octubre*, devenido *General Belgrano*, lugar de observación privilegiado. Yo era teniente de navío, el grado con más cantidad de integrantes y de gran peso en la vida interna de un buque de guerra. Todos nosotros, los tenientes de navío, teníamos encendida desde diez años atrás una llama que iba mucho más allá de una ideología y que era el ideal de la recuperación de un estilo de vida con libertad, justicia y progreso que nos habían inculcado en nuestros primeros años de cadetes.

Lo que viví en el *General Belgrano* se reprodujo en toda la Armada y partiendo de una situación que militarmente era netamente perdedora, se alcanzó una victoria que fue el fruto de nuestro íntimo e irrenunciable convencimiento.

Me olvidaba: Una vez que el último confinado abandonó el pontón, la Prefectura envió a la Escuela Naval la cuenta de las leches chocolatadas, galletitas y cuanto otra menudencia o extra habíamos consumido durante nuestra estadía.

No se qué le habrá ocurrido a quien tuvo la idea de mandarnos al pontón *Recalada*. Creo que fue una muy mala idea. No enviaron a ningún otro. 